PEGASO

Montevideo Setiembre de 1923 octubre N° 64 — Año VII

Grabado en madera de Federico Lanau

EL "LEONCITO"

UN ANDARIEGO HEROICO

El correo nos entregó, días hace, una carta cuya exterioridad, relacionada con las escasas piezas de nuestra correspondencia habitual, presentaba extraño aspecto, tan extraño, que, en verdad, nos intrigó, a punto de dejarla cerrada sobre la mesa, como objeto de cuidadosa observación. Siempre estas pequeñas cosas *han promovido en nuestro ánimo una singular curiosidad*, con mezcla de presentimientos más o menos supersticiosos. ¿Cuál es el carácter del mensaje? La carta está ahí.

Gran sobrescrito, casi de oficio, panzudo, sellos venezolanos, caligrafía desconocida u olvidada, y pequeñas anotaciones postales, de procedencia yanqui. ¡Caramba! ¿De quién? ¿Por qué?. .

Con esa caprichosa fruición que produce el prolongar una duda, cuando podemos aclararla al instante, nos empeñábamos en despejar la incógnita, por los *rasgos caligráficos*, como quien, al recibir el saludo de un desconocido, procura orientarse, buscando en su rostro una línea típica, la cicatriz, el gesto, la mirada, que lo lleven a descubrir al viejo amigo olvidado. Indiscutiblemente esta voluminosa carta, que ha partido de La Guaira, ha hecho el viaje, a igual de la "gentil cubanita", en un paquete de Nueva York.

Y bien. ¡Veamos!

El abultado vientre ha sido abierto de un solo golpe, con la tijera periodística, instrumento profesional que nos acompaña como el bisturí al cirujano. Por la ancha abertura caen, a modo de entrañas, papeles impresos, *recortes, notas gráficas, versos, artículos*, y ¡al fin! el pliego manuscrito, con la firma reveladora: *Ismael Urdaneta.*

¡Jesús! Y, a ser creyente, como somos viejos, agregaríamos, con el correspondiente signo de la cruz: "¡Animas benditas!" Urdaneta, el poeta venezolano, el camarada periodístico, aquel *leoncito* que partió a la guerra, y a quien lloramos muerto, se alza ahora de la tumba, para enviarnos frescamente sus noticias? ¿Acaso, al morir en Odessa, resucitó en Caracas, o es que su espíritu, ya libre, encontró las fuerzas errantes y reconstitutivas de que hablan los *teósofos*?

¡Nada de metafísicas! El "leoncito" escapó sencillamente de la quema, por aquello de que la fortuna ayuda siempre a los valientes, y ahí estan sus alegres explicaciones como epílogo de la horrible aventura. Ismael Urdaneta asistió al nacimiento de *Diario del Plata;* y no obstante sus aptitudes literarias y periodísticas tuvo que resignarse a ser corrector de pruebas, porque si bien llegó cuando apénas se abrían las puertas, ya encontró ocupados todos los asientos, que no eran pocos, del amplio refectorio intelectual. Fué, sin embargo, compañero preferido entre los mejores, por su carácter abierto, leal, sus formas amables, modestas, y su *inteligencia firme, sin jactancias ni artificios*. Su mirada serena y profunda, de reflejos metálicos, y la arrogante cabeza, cubierta de guedejas leonadas, debieron inspirar a sus compañeros la denominación cariñosa: "el leoncito".

Como buen poeta, Urdaneta estaba eternamente reñido con el oro, o el oro con él, y para reconciliarse en la medida de su necesidad, solía escribir tiernos ma-

drigales, de corte clásico, al administrador del diario. Soñador exaltado, herido por contagios de propaganda, llegó a enamorarse de la "latinidad",—después de haber roto los platos con una hija de italianos,—como pudo enamorarse, con pasión morbosa, de cualquiera otra deidad imaginaria o absurda. Esa pasión lo llevó a la guerra, bajo el cautivante pabellón de Francia y con los mirajes elásticos de una raza latina, que alcanza para todos.

Alistado en el primer Regimiento del contingente extranjero, hizo su entrenamiento en Bel-Abbés (Argelia). Fué músico. Pasó luego a los frentes de batalla. Lo hirieron tres veces, y se encontraba en el Hospital de Odessa—en Rusia—cuando sobre esa ciudad cayeron las pestes, los incendios, pillajes y matanzas. Cesaron entonces las tarjetas postales, que nos habían ido demarcando su itinerario bélico, hasta que, finalmente, una cifra de Estado Mayor, epilogó el silencio ¡Muerto!

¡No hemos de maravillarnos ahora, con alto regocijo, al verlo reaparecer en su hermosa patria, renovando sus bríos periodísticos, no ya como lo cito, sino como león hecho y derecho,—con garras probadas y honrosas cicatrices? Nos dice: "En esa edición de *El Heraldo*, que le envío, glorifiqué el día del Uruguay, en la forma que usted verá. Aproveché la grata ocasión para corresponder en algo, así sea desde tan lejos, a la cortesanía y hospitalidad uruguayas".

Ya no podrá extrañarnos, pues, en lo sucesivo, el recibimiento de cartas voluminosas,—cuanto más grandes, mejor,—con sellos venezolanos y pequeñas cifras postales, de origen yanqui. Ahora sabemos que, efectivamente, hay algo del Uruguay más allá del opulento Orinoco.

ANTONIO BACHINI.

HUAYRAPUCA

Erraría quien dijese que la población semindígena, descendiente de calchaquí, del Norte y Oeste argentino, es católica. La conquista de la montaña, por encontrar en ella mayor resistencia los conquistadores hispanos, no se hizo por medios espirituales precisamente. Y, más que el Evangelio del misionero, obró la espada y el arcabuz del soldado. Bastará recordar el exterminio hecho con los kilmes, — brava tribu que tan enconada resistencia opuso al invasor, y cuyos desmenuzados restos, arancándoselos a la montaña madre, fueron desterrados a la costa de Buenos Aires—para presentir el carácter de fiereza que adquirió la conquista española por los valles y serranías del Andes.

Este, quizás, sea el motivo de que las antiguas creencias y mitos calchaquíes, y aún incásicos, no hayan sido extirpados todavía de las costumbres populares. Exteriormente se practica el culto católico, mas en el pecho de cada serrano se oculta inarrancable la tradición india; y si la Virgen del Valle, por ejemplo, tiene devotos que caminan leguas y leguas a lomo de mula y sobre precipicios, para asistir a su procesión, a Pacha Mama, la deidad de la sierra, no se la olvida; y ninguno beberá nada ni comerá nada sin antes echar un poco de líquido o un pequeño trozo de comida a la tierra, y exclamar con solemne acento de convicción: "Para Pacha Mama".

En el litoral argentino no ha ocurrido lo propio. Más hábil que el fuerte soldado español, el astuto jesuíta supo encauzar las creencias y costumbres guaraníes hacia la religión católica, y allí donde figuraba un mito indígena, lo suplantó por un santo: La creencia no quedaba abolida, pero sí desviada, y el milagro, en vez de ser hecho por Naceindeg (la luna), era hecho por una santa o un santo. De ahí el por qué el catolicismo ha borrado casi totalmente la religión de Tupá en la margen de los grandes ríos, en tanto que en la sierra, un verdadero paganismo, abigarrado y confuso, constituye la religión de esos pueblos supersticiosos.

Roberto J. Payró, que ha recorrido aquellas comarcas con ágil pie y aguda vista, dice de este fenómeno, ya dado en otros pueblos sojuzgados por conquista: "Las creencias, que forman como la aureola de estas entidades míticas, forman, con las creencias cristianas, una mezcla híbrida que no podrá descomponer en muchos años, el más celoso y abnegado propagador de la fe, porque están en la sangre y vienen de padres a hijos, de abuelos a nietos, a través de los siglos, sin que los medios coercitivos y trágicos de que se valieron los españoles para imponer su religión, junto con su dominio y como palanca formidable a éste, hayan podido extirparlos de los corazones indígenas, donde han echado raíces análogas a las de los árboles de este suelo calcinado, árboles cuyo ramaje subterráneo suele ser mayor que el de su copa".

***

Huayrapuca (viento colorado) (1) es una deidad serrana, como lo es Yastay (el dueño de las aves) (2),

(1) En ca chaquí Huayra (viento) Puca (colorado)

(2) Las "aves" son las vicuñas, llamas, guanacos y avestruces

Chiqui (autor de las heladas y sequías; terrible dios al que se le sacrifican niños. . hechos con miga de pan), Pukllay (especie de Baco, un genio del placer y distribuidor del vino y la alegría), Pacha Mama (la fuerza de la tierra, genio del bien, y al cual se deben las granadas cosechas fecundas)...

Huayrapuca es, como Chiqui, un dios malévolo Se le dice también "Madre de los Vientos", porque se la personifica y tiene su historia de hazañas. Es "la patrona", para usar un vocablo criollo, de la Tempestad.

Huayrapuca, en su forma humana, cuenta una proeza única: venció a un terrible gigante, el Nublado, y libertó a Mama Quilla (la luna) y a Inti (el sol), que por ella brillan. Todavía, de tarde en tarde, el Nublado vuelve por sus presas y es Huayrapuca la encargada de combatirlo y alejarlo para que el sol y la luna alumbren valles y serranías Ya se ve como este ser temible, que tantos males comete, no está exento de acciones buenas.

Huayrapuca está personificada en una hermosa mujer de larga cabellera húmeda, de la que caen piedras preciosas; viste un amplio manto y está circuída por un nimbo de luz. Son sus hijos, malos unos, beneficiosos los otros: el Norte, el Pampero, el Sudeste, el Cerrillero y el Zonda. El menor de todos, su benjamín, y el preferido de la madre es el Shulco (Remolino); seguramente por alocado la madre siente preferencias hacia él.

Huayrapuca es violenta y fuerte; su cólera lleva el terror y, para conjurarla, los aborígenes hacen libaciones. Reina por el miedo; espíritu destructor de las cosechas, comparte con Chiqui, el sombrío, el poder sobre las sequías y tiene, además, la misión de malograr los partos. Es, pues, la diosa enemiga de la fecundante y buena Pacha Mama Como se ve, esta

"madre de los vientos", resulta madrastra de los hombres (1).

Huayrapuca es un ser andariego; ambula por los altos picachos y por los más peligrosos precipicios, pero, ¡ay de quién la vea!, le ocurre lo que a quien mire a Pacha Mama: enloquece.

Posee sus mansiones en las que reposa: lagunas, quebradas, cajones y cavernas impenetrables y rodeadas de un misterio que el pánico profundiza más y a las que se suponen encerrando cuantiosas cantidades de oro y piedras finas: tales son las mansiones de esta deidad quichúa, andariega, potente y terrible

***

Mas si el poderío de esta diosa indígena permaneció inmutable frente al de dioses europeos, la Ciencia, diosa exótica todavía para aquellas agrestes serranías, la amenaza de muerte.

Lo que más rodea de fantástico poder a la "madre de los vientos", es la color sangre de sus rachas, y las voces y silbidos aterrantes que de las rocas se escapan a su paso. Huayrapuca debe su nombre, viento colorado, precisamente a ese color rojo que acompaña sus silbidos y voces, y al que los supersticiosos habitantes, por no poder darle causas lógicas, le dieron causas fantásticas: Ese color rojo era sangre para ellos, y esas voces y silbidos eran los de sus víctimas.

La ciencia da causas lógicas y amenaza concluir con el poder despótico de Huayrapuca: los cajones formados entre las sierras, dice la vencedora del rayo, están constituídos de una arcilla roja que las rachas de viento desprende. Estas rachas, entre las altas paredes graníticas de esos cajones, adquieren una velocidad pasmosa, lo que las hace terriblemente asoladoras y giratorias por las irregularidades del terreno. Girando es como arrancan del granito esa arcilla roja que por tantos siglos se creyera sangre de víctimas. Su roce veloz contra las piedras y entre las hendiduras rocosas, arranca esos sones y silbidos peculiares que mañana serán un espectáculo más de aquellas maravillosas regiones, pero que por siglos y siglos llevaron de pecho en pecho la angustia y el espanto

ERNESTO MORALES.

(1) Esta denominación de "madre", de cosas u elementos, se repite en la mitologías indígenas. Existen también un Padre de las Aguas, en las regiones de la laguna Iberá, y una Madre del Oro, en las serranas A esta "Madre del Oro" se la concibe como una fuerza, ama de los metales, y contra cuyo poder ha de luchar el hombre que quiera extraerlos o el que quiera descubrir "huacas" (tesoros enterrados)

La "Madre del Oro" suele encolerizarse también, y I los estrépitos de gases, aguas calientes o erupciones volcánicas, bastante frecuentes en los sitios montañosos, se atribuyen a su cólera, tal como ocurre con la de la "Madre o de los Vientos".

GEÓRGICA

Como hace mil años,
En esa misma montaña,
Los indios, con arado
De madera, labran
La tierra cansada,
A la altura en que vuelan
Las águilas.
Son indios mansos—
Envueltos en ponchos
De amarillo o rojo naranja,
Listados.
La tierra exhausta
—(Arcilla que pisaron los caballos
De los Pizarros,
Cubiertos de hierro
Y llenos de sangre)—
Ofrecerá cuatro granos
Apenas, y sólo por milagro
De esfuerzo,—al pobre indígena,
Triste hasta el cansancio,
Que antes para los dioses
Y ora para el dueño del fundo, trabaja.
Dentro de pocos días
La montaña
Ofrecerá, cuando reviente el grano,
Un extraño
Aspecto de óleo cubista:

Rombos y cuadriláteros
Y triángulos,
De distintos tonos y tamaños;
Verdes profundos y verdes pálidos.
La seca, jamás malogrará el prodigio,
Pues nieve hay de sobra en la montaña,
Y como venas negras,
Los pequeños canales
De riego, captan
El agua
Que el sol de enero ordeña
A la nevada
Cumbre, que para el caso hace de vaca.

Como hace mil años,
En esa misma montaña,
Los indios, con arado de madera,
La tierra labran.

PABLO DE GRECIA.

SACSAYHUAMAM

A bien corto camino de Cuzco,
Sacsayhuamam,—la fortaleza incaica,
Obra ciclópea como que su fábrica
De blocs irregulares forma triple muralla
Escalonada,—pregona el esplendor de la difunta
Dinastía india, que arrasó la espada.
Sacsayhuamam, prodigio de arquitectura militar, qué lafianza
El genio constructivo de una raza.
Sacsayhuamam, ante la cual se pasma
La ingeniería, de potentes grúas
Y de motores de diez mil caballos.
Enormes monolitos
Los indios transportaron
De la sierra lejana,
Y el músculo de acero como cabria,
Obró el prodigio de elevar las moles
Sobre las moles, tal como en la fábula.
Sacsayhuamam,—la fortaleza india
Vecina a Cuzco, la ciudad sagrada,
Del Coricancha,
Asocia, ante los ojos que la miran,
Lo eterno y lo fugaz,
Y ante el milagro
Surge el lejano tiempo en que la noble
Raza de Manco
Capac, levó graníticos bastiones.
De laboriosos indios salvaguardia.
Desde las sillas—mejor dicho bancos,
Labrados en la roca, a cuatrocientos
Metros de las murallas,
Miro el viejo reducto; un indio próximo
Balancea la honda milenaria—

De tejido policromo—es idéntica
A las que se han sacado de las huacas.—
Arma inocente en apariencia, pero
Superior al mosquete, por su alcance
Y la facilidad con que se carga.

La prueba la dió un indio a mi pedido:
Cogió una piedra y púsola en el arma,
Giró la honda y luego en un chasquido,
Seco como un disparo,
El proyectil, en recta trayectoria,
Chocó sonoramente en la muralla.

Entonces evoqué de la conquista
La épica hazaña bárbara,
Pues frente a mil honderos como ese
(Y la cifra no es larga)
Bien pudieron Pizarro y sus secuaces
Ser lapidados.

Y mientras el indígena repite
Con igual precisión varios disparos,
Y los hechos históricos desfilan
Por una simple asociación de imágenes,
Revivo el tiempo de los reyes incas,
Sacsayhuamam de guerreros atestada
Y allí en el llano los conquistadores,
Un grupo de centauros
Que va al asalto,
Corazón y audacia,
Audacia y corazón
Por Cristo y por España:
Tal un alto relieve
Cincelado en el lienzo
De la propia muralla.

PABLO DE GRECIA.

YO Y ÉL

A los que buscan paralelismos

Mujer:
No podría quererte como Silva Valdés.
Yo te cubro de sedas.
Él te esculpe a cincel.

Él habrá nacido
para enamorar.
Yo, para querer.

Mujer:
Él busca la nuca
como hace el león,
mientras yo, por las venas,
voy al corazón

Mujer.
No podría quererte como Silva Valdés.
A mi modo
te hago mía también,
porque sé besar,
y no sé morder.

MIGUEL A. CAMINO.

MÉXICO

I

TIPOS.

Tipos míos de mi pueblo y de mi tierra, quiero cantaros.

Porque soy un vaso formado de la misma arcilla que vosotros; porque soy una piedra arrancada del mismo Valle vuestro, porque hablo con vuestra misma música y visto la misma tela que vosotros

Tipo indígena de mujer, llevo tus trenzas, llevo tu color, llevo tu vigor; la ambición que tú tienes dormida en el pecho, ha despertado en mí. La fuerza que tus manos derraman sobre el instrumento rudimentario con que haces el pan, se hace en las mías poder para cantarte.

Mujer indígena, mi madre y mi hermana, en tu seno bebí la leche y de tu carne supe el dolor.

Dame tu paciencia y fía en mí, honraré tu casta.

II

MUJER DEL PUEBLO.

Vieja mujer, sentada a la sombra del granjeno amarillo de frutos, deshaces tu vida en canciones Haces hilvanes en la tela que ha de desgarrar el esfuerzo de los músculos del hombre abriendo el surco.

Tu cabeza se inclina, suave, sin meditaciones y sin filosofías; tus ojos abarcan sólo el tamaño de una camisa; pero eres feliz.

Tu horizonte es el cercado de tu corral; tu mar el "ojo de agua" en que lavas la ropa; tu mundo el pueblo; tu Dios la imagen del altar; pero eres feliz

Tu pensamiento lo ocupa la servilleta limpia y el agua fresca para la vaca, pero eres feliz.

Tu horizonte es el cercado de tu corral.

Mujer simple, mujer de ancha cadera, madre de patriarcas, mujer bíblica, te envío mi alabanza desde la civilización, y desde la complejidad de mi mente, que me separa siglos de ti.

III

LA SOLDADERA.

Cabe tu haber en tu espalda, mujer del guerrillero, tu lecho y tu vajilla caben en tu brazo, y vas siempre ligera

Mujer del soldado, tu planta es firme porque conoce su camino, tus ojos ven seguros, porque conocen su ideal

Vístes harapos y te enjoyas con polvo, pero tus manos han tocado la victoria

Vas quemada por los soles y por la pólvora, pero adornan tus cabellos los laureles de la heroicidad.

Mueres desconocida, mas la tierra te forma luego lápida de flores No cuelgan de tu pecho las medallas del mérito militar, pero te hacen cadena los brazos del soldado rendido

Mujer del guerrillero, la debilidad de tus manos sabe coger el arma y hacerse defensa de lo que amas.

Soldadera, la piedad de tus manos, sabe, en el fin, hacerse velo dulce sobre unos ojos abiertos ..

IV

ARTISTA INDÍGENA.

Un hombre de color de tierra trabaja; hace grecas y flores sobre una ánfora de barro cocido. Trabaja grave, como si cumpliese un rito. Salen de sus manos maravillosas figuras creadas, no se sabe cómo, en el interior de aquella cabezota hirsuta y negra como un cactos quemado. Brotan flores delicadas que aquellas manos rudas no saben ajar.

Me creo ante un milagro; y pienso que la tierra misma, a través de este montoncito de polvo que es el hombre, es la creadora de las flores del jarrón.

V

PETICION A LA VIRGEN DE MI RAZA EN EL DIA DE SU FESTIVIDAD

Virgen Madre, tu sonrisa se ha hecho mas blanda; las flores del indio que te guarda las plantas, han retoñado Señora, la algarabía del día de tu milagro se repite. Juan Diego danza

Toda la primitiva sangre desborda su júbilo y su risa Las galas se cuelgan de los hombros y de los balcones de tus creyentes

Virgen Madre, tu Estampa aparece centuplicada en todos los frontispicios de los que te aman.

Señora, tu cara morena, hermana de la de tu Elegido, es la bandera de mi Raza. Mi Raza dormida por siglos, que despertaráa tu voz Señora, hazte oir. Encarna en una maestra tu poder y tu persuación, tu luz y la bondad de tu amor.

Señora, pon tu mano sobre el hombre indio, despiértalo y yérguelo Ponle el cetro de su propio reino y el manto de su propia tierra Señora, levanta su casa a la altura de un templo; mas hazla como un templo.

Levántalo a la civilización, pero úngelo de bondad.

Señora, mira su ritmo bárbaro y su amor de simplicidad con ojos de madre, y de madre celeste. Derrama los dones de tus manos quemadas sobre las cabezas hirsutas cerradas a la luz del saber, pero dispuestas a recibir la luz eterna hasta lo absurdo.

Señora, haz de la piedad de tus ojos la lámpara que guíe a sus tribus por los caminos que desgarran y empolvan. Acaricia sus plantas lastimadas por las espinas de las largas distancias en que ha puesto los rieles de su fe.

Señora, su garganta te confiesa en cien lenguas distintas, pero con el mismo amoroso arrullo.

Señora, tus hijos negros esperan la encarnación de tu caricia y de tu defensa. Oyelos, Virgen Madre, míralos a tu derredor suplicantes.

JOSEFINA ZENDEJAS.

México, 1923

ACERCA DEL PROYECTO DE UN MONUMENTO A LA INDEPENDENCIA LATINO-AMERICANA

(Conferencia leída en el Salón de Actos Públicos de la Universidad de Montevideo).

Hay en la historia de la tierra oriental, un accidente que ha sido objeto de interpretaciones diversas y tema de polémicas para historiadores, noveladores, apologistas y adversarios. el instante en que Artigas llega a la frontera paraguaya, medita un minuto, que fué un siglo de pesar, y decide arriesgarse en el trance que lo entregará a la protección del complejo doctor Francia, alejándolo, definitivamente, del teatro de la contienda en Tacuarembó...

Imaginémonos el hombre que todo lo ha ofrecido a su patria, y que luego, desamparado, afligido, aturdido ante la responsabilidad que se creá todo libertador en penas, se aleja de ella y va muy lejos a beber la hiel de los recuerdos y de los martirios! ... De fijo que no pensaría, cuando ya iba a caer en la tierra del destierro, como César en las márgenes del Rubicón, pues César al pasarlo, continuaba siendo el aventurero augusto, el conquistador de Roma, en tanto que Artigas acaso cogitara un instante en presencia de otro Rubicón, que era la frontera paraguaya: sabía que al franquearla caería en la guarida del doctor Francia, quedando desde entonces su patria embrionaria a merced

de muchos hombres que no supieron valorar sus esfuerzos ni supieron apreciar sus vehemencias; sabía que alejándose él, el Uruguay quedaría desamparado... Pensaría tal vez que el espíritu épico iba a extinguirse: por eso al llegar a la frontera siente la angustia de los grandes espíritus; marcha cabizbajo, y la palidez de su rostro es la lividez de los que, agonizando, no han logrado perder la conciencia...; en la fisonomía que suele reflejar los abismos del alma atormentada por la confusión, había el terror de los niños que han perdido a la madre o la han sentido helada cerca de sí... Quizá pensara Artigas que su espada era demasiado luminosa para ofrecerla al doctor Francia; tal vez meditara por modo distinto..., y sepultóse en vida, una larga vida desolada, inmensamente triste y protegida por un silencio que no rompió ni la muerte.

En toda la América hemos saboreado las páginas de elocuencia, de dulce arrebato patriótico y de justicia nacional con que la palabra cálida y la pluma ardiente de don Juan Zorrilla de San Martín, dió en la mina armoniosa, soledosa y enigmática del bravo Artigas, el héroe representativo de un pueblo que deseando conservar la pureza castellana de sus abuelos los conquistadores, resistióse a soportar la dominación extranjera del rey Don Juan VI; y queriendo a todo trance deshacerse de *tutelas políticas, rompió* de una vez el silencio de la provincia y surgió entonces la epopeya de los Treinta y Tres y la victoria de Sarandí, el 12 de octubre de 1825.

Place recordar, a nosotros los que aún no pensamos en ser potencias mundiales ni mucho menos, sino que aspiramos a ser pueblos libres y fraternizar con los otros pueblos; complácenos, digo, recordar que esta tierra de las legiones uruguayas, hechura política de Artigas y confirmada en su grandiosa estatura moral

por ese noble pensador que es Zorrilla de San Martín, viniendo a la existencia sin trabas en el año 25, como si hubiera sido ella, en su pequeñez geográfica y en sus múltiples recursos para el trabajo, la hija menor de aquellos luchadores festinados, idealistas, de centauros conscientes que anduvieron por América para consolidar la independencia en todas nuestras latitudes. Y es oportuno recordar que por aquí voló el pensamiento paternal del grande hombre de América, de aquel que por tener la psicología del fuego, era una salamandra, como lo advierte Zorrilla de San Martín; sábese que en la persona de Sucre, Bolívar respondió alguna vez a la altanería de las fuerzas brasileñas; y él mismo, cuando conferenció con diplomáticos argentinos, indicó a éstos la conveniencia de que el Uruguay fuera libre, como los otros pueblos del *Continente. No es que* haya tenido una influencia decisiva la conferencia de Bolívar con el señor de Alvear, pero es para llenarnos de orgullo el que también él mirara con simpatía la causa de la provincia cisplatina. Hoy, señores, no habrá pueblo nuestro, de la tierra hispanoamericana, que no se deleite ante la evolución ejemplar de la República de Lavalleja y sus treinta y dos compatriotas. Con razón que para los días del próximo centenario, los pueblos latinos de la América festejen en la centuria del Uruguay su propia centuria: aquélla cierra el ciclo del más trascendental momento histórico de la Libertad.

Admirado por los otros países, sin haber dejado en cien años de vida independiente una sola amargura internacional en el corazón de los otros pueblos a los cuales está ligado por la raza y por el esfuerzo emancipador, la República Oriental ha realizado por el afecto aquella aspiración de Simón Bolívar, el Libertador, cuando en junio de 1817 dirigióse a los habitantes del Río de la Plata, entre los cuales se contaban

los uruguayos, aunque para el año 17 el rey Don Juan hablara todavía de su provincia cisplatina: "La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad, y cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea *unidad* en la América Meridional".

Ninguna voz fué más cálida ni más oportuna, sobre todo en este instante en que estamos ofuscados por el drama mundial de la Guerra y parece que olvidamos que la gratitud de los libertadores exige un poco más de fraternidad entre los hijos de América; es ahora cuando necesitamos recordarlo, pues harto doloroso sería el que, cuando cien años han pasado, viniéramos a convencernos de que eran proféticas las palabras del hombre-salamandra: "¡No hay fe en América! .."

Sí, señores; necesitamos hacer efectiva esa invitación que Bolívar hacía a los habitantes del Río de la Plata cuando el Supremo Director don Juan Martín Pueyrredón calificaba de "compatriotas" a todos "los habitantes de Tierra Firme en Sud América".

Además, hayan sido en 1825, después de Sarandí, o en 1828, algunos meses después de Ituzaingó, el hecho es que la independencia uruguaya, que primero es una defensa de la lengua materna y luego un esfuerzo supremo para conservar el pedazo de tierra de los antepasados, será siempre el epílogo de aquel drama fecundo de la emancipación continental. Acá entre vosotros apareció en todo su esplendor la tendencia de nuestros libertadores, sobre todo en la mutua protesta de uruguayos y argentinos para lanzar al extranjero que ejercía el derecho de conquista; luego, cuando en Buenos Aires se opusieron al derecho que habría tenido el Brasil conforme al tratado de los agentes diplomáticos, la República que germinaba entre los dos colosos, no tomó en cuenta el enojo y se irguió

entre ellos, en nombre de la justicia y por virtud de sus propios ideales, los ideales de un pueblo trabajador y generoso.

Territorio alguno de América representa mejor la aspiración que Artigas acá y Bolívar en el Continente, cultivaron con el pensamiento y sostuvieron con la acción tenaz y triunfal de la espada. El Uruguay representa el esfuerzo de un pueblo que después de la lucha sólo contara para la estabilidad de su existencia con el vigor de sus músculos y con la política honrada de los países vecinos. Y así lo aspiró siempre el Libertador para las naciones que redimió con sus soldados; él quiso siempre, y no en vano debemos divulgarlo ahora cuando no abunda la fraternidad en América, él quiso, digo, que perdurase la equidad en todos los actos internacionales; él quiso establecer las normas de esa equidad en el propio Paraná, cuando concibió el proyecto del arbitraje como arma de justicia en las contiendas o conflictos que emanaren de las relaciones políticas y comerciales de nuestras patrias. Ahora, triste es confesarlo, en Europa sirvió el pensamiento de la augusta mentalidad del héroe y allí tenéis funcionando bien o mal a la Liga de las Naciones; en tanto que nosotros debemos ir a solicitar la justicia en tierras extrañas, como si nuestros problemas no los conociéramos mejor los propios dueños que somos los hijos de América.

Es al Uruguay a quien ahora tocaría revivir aquel ideal magnífico del Libertador, pues tal vez ya no se prestaría Panamá estando interpuesto en el propio corazón de la República una de las mayores empresas estadounidenses. Una doble circunstancia coloca hoy a vuestro país en el vértice desde donde puede hablar de fraternidad a los otros pueblos hermanos: el centenario de independencia política es el último de aquella sucesión de milagros que a principios del si-

glo XIX logró que e perpetuase, definitivamente, en las antiguas colonias sombrías y sobrecogidas, la religión del patriotismo; por otra parte, viniendo de vosotros esa iniciación, no será móvil de querellas ni de discusiones bizantinas a propósito de la autoridad histórica o comercial, pues con disponer de ambas condiciones, el Uruguay lleva consigo la unánime simpatía de todo el Continente, y esto es lo esencial por cuanto la obra que emprendería la juventud de Montevideo sería una propaganda de amor y de liberalismo. ¿Acaso no es de ayer el general regocijo con que fué acogida la proposición del Uruguay para que se estableciese una como liga panamericana? ¿Acaso no es un triunfo, el mayor triunfo, ese que consiste en la autoridad moral que eleva a un pueblo pequeño territorialmente, a la misma altura moral de otros pueblos que abarcan mayor extensión geográfica?

Sólo, señores, que todo el fracaso o el triunfo, ¡qué sé yo!, de la "psicología de la V Conferencia Panamericana" de que nos habló, recientemente, en el Instituto Popular de Conferencias, en Buenos Aires, mi amigo el señor Soto Hall, nos está indicando que si son buenas las conferencias panamericanas, serían, sin duda, óptimas las conferencias latino-americanas, en cuyo seno, por ejemplo, debiera ser tema de estudios la creación de tribunales formados por jurados nuestros, por gente que, como la otra, es también honorable y desea la fraternidad; por gente capaz de dirimir nuestras contiendas internacionales; gente que esté convencida de que en nuestros pleitos siempre hay un sedimento que precipita en forma de sentimentalismo de la más pura estirpe. Ese es el criterio que debiera prevalecer en nuestros conflictos: deberíamos convencernos de que el enojo nunca será profundo, pues no es odio de raza: arrancamos de las mismas fuentes étnicas, y ya eso pudiera alentarnos para considerar los asuntos en "familia", si me permitís el que confunda una grave cuestión entre naciones con una complicada disidencia doméstica; nunca me ha sido posible intentar la analogía entre el estado de las relaciones entre Chile y Perú, con la secular pendencia entre franceses y alemanes: entre éstos media todo un proceso de dolores, venganzas y atentados bélicos que, desgraciadamente, pareciera atizar aún más la diferencia de raza y de lengua, que son factores esenciales para que fructifique el odio que se profesan algunos pueblos... Y es que siempre serán celo de hermanos los actuales conflictos entre algunos países de la América latina; quererlos resolver con los mismos procedimientos de la secular diplomacia europea, es no sólo una aspiración a envejecer, sino que equivaldría a la esclavitud a normas que no se desechan, pero que pudiera no imitarse, por cuanto nuestras necesidades son distintas, repito, y de allí que debamos considerarlas con un criterio de familia... Para mí tengo que hay dos aspectos que estudiar en la diplomacia latinoamericana: el aspecto de la diplomacia nuestra con nosotros mismos y el aspecto de nuestra diplomacia con los pueblos mayores en edad, en bellaquerías, en grandeza comercial y en necesidades territoriales. A estos pueblos se les debe hablar el lenguaje diplomático que ellos emplean corrientemente. Cuanto a nosotros, la diplomacia que hablamos con nosotros mismos, pasa antes, en el proceso de las asociaciones, por el laberinto de los recuerdos y allí se identifican en una todas las proezas de una historia común.

Somos, sin que fuera feo proclamarlo, herederos de una misma riqueza continental, y estaríamos muy lejos de adaptarnos, ciegamente, a la ímproba tarea de la gente bursátil; mientras el marco se agota y el dólar se agiganta, las tierras de América realizan el mi-

lagro del maná cristiano para nacionales y extranjeros... Por algo somos los herederos íntegros, en tierras de la Nueva España, del romanticismo y del enfático desinterés peninsular.

Estas y muchas otras razones lograron que un distinguido literato brasileño, el doctor Ezequiel Ubatuba, concretara ese idealismo de toda la actual juventud de América: Ubatuba invitóme para que fuese yo, en mi carácter de Ministro de Venezuela en Río de Janeiro, quien dijese a mis colegas latinoamericanos acreditados en el Brasil, cómo debe de tener forma el *ideal de la fraternidad* nuestra.

Afirmé entonces, en un banquete ofrecido en el Jockey Club, que "Ubatuba había vivido un instante sublime en la existencia ideal de nuestras repúblicas, porque ciertamente es *idealismo generoso* ese que permite pensar en la gratitud hacia los héroes sin meditar mucho en lo heroico de sus vidas, sobre todo cuando acerca de la heroicidad y el encono de algunos quisquillosos, la Historia cuenta con la pesadumbre y el lenitivo de un siglo". Pues, a la verdad, era ese el objeto esencial del convite: "asociarnos al proyecto que se concreta en la idea de un monumento grandioso, labrado por manos latinoamericanas, ideado por artistas nuestros y constituído con material de nuestras canteras, para que perpetúe en el centro geográfico de la América latina, o en otro sitio de ella, los centenarios, y que sea cual un broche de oro que cerrara el ciclo de nuestras reyertas y proclamase la solidaridad continental, de la gente celtíbera del Continente." Y todo porque, continuaba yo, "después del gran acontecimiento de las fiestas setembrinas, después de habernos saturado de orgullo el entusiasmo con que la brisa empapada de sal atlántica tornaba en santa locura la vibrante algazara, como de alas enormes y policromas, de todas las banderas de América abrazadas a la gloriosa invención de Benjamín Constant, no era posible que el proyecto de Ubatuba naciese en otras condiciones. Además, el *monumento* de la independencia, como lo llevo dicho, sería el broche de oro para aventar lo que huela a desviación política en América; sería la llave diamantina que cerrase el ciclo del encono y sellara, definitivamente, la emulación aviesa que en el orden histórico, sobre todo, tiende alguna vez a menoscabar la amistad de las naciones. Cumplidas las centurias en 1925, corresponde a las repúblicas latinas de la América, sintetizar noblemente el esfuerzo incomparable de los libertadores, no en el sentido de las victorias épicas realizadas sobre la gente española o sobre las huestes lusitana; no, ese monumento no puede ser un bloque de mármol en el cual surgiera el tremendo gesto que la muerte dibuja en las fisonomías deformadas por el dolor en los instantes dantescos de la Epopeya; en ese bloque de mármol no debe florecer el rictus de la "guerra a muerte" suscrita por el Libertador, ni las vehemencias de Artigas, si las tuvo; nó debe nacer de la piedra inmortal la infidencia de los partidarios íntimos de don Francisco de Paula Santander; no debemos mirar en el jardín blanco de nuestras patrias las pequeñeces de los grandes, sino más bien las grandezas de los pequeños... Porque las miserias constituyen el dolor que es parte de la raza heterogénea; todo eso corresponde a los accidentes pasajeros en la definitiva estabilidad del proceso que nos condujo por la vía de las armas y de la intelectualidad, a la consumación de la independencia política; en ese bloque de mármol de América, condensado en nuestras canteras cuando no era ni materia amorfa el mármol grandioso y recio de la raza celtíbera, debe florecer, por esfuerzo espontáneo de los jardineros criollos, la titánica tendencia romántica de aquellos hombres que, sin la prepa-

ración de los "revolucionarios franceses", lograron triunfar con las armas, gracias a una acción más bien intelectual que bélica, pues no sabríamos decir cuál fué el más grande, si el Miranda que en los campos de batalla vivía en compañía de los clásicos, o el Miranda que en Valencia sacrifica la causa de la República y pasa, desde ese momento, a la vida amarga de una prisión peninsular, en donde la paciencia eleva su alma a la más alta concepción de su destino; yo no sé quién fué más grande, si el Bolívar de Carabobo y Boyacá, o el romántico Libertador de Angostura y de Pativilca; el San Martín de Chacabuco no es superior al héroe condescendiente de Guayaquil; Don Pedro el del "Fico", tiene mayor talla moral que el Emperador metido en aventuras bélicas con los pueblos vecinos; yo no sé, en fin, cuál de los Artigas fué superior, si el tenaz defensor de la independencia uruguaya, o el gran desolado de San Isidro de Curuguaty".

Y luego agregué, para definir más claramente la intención que nos guía: "Sí, señores; no pretendo establecer analogías entre nuestras guerras improvisadas y la Revolución Francesa, que habría sido todo un compendio de la psicología colectiva del siglo XVIII; más, en el mare magnum de la Historia, un hecho me parece incontrovertible: la inspiración romántica de nuestros héroes Que no os parezca paradójico: las luchas por la Independencia latinoamericana se distinguen de las luchas de otros pueblos que ansiaron también la libertad, por ese carácter de fiebre romántica que nos concede en este instante una alta dosis de orgulló para proclamarlo: nuestra independencia fué obra de la generosidad política, del énfasis patriótico y de ese desinterés con que nuestros filósofos de la guerra miraron siempre el caudal material de la conquista: Bolívar cuida con más solicitud del corazón de Girardot, que del millón de soles peruanos; Sucre viajaba paupérrimo, cuando en Berruecos lo asecharon sus enemigos, quienes, como los romanos que vigilaban la tumba pétrea de Jesús, sorprendieron en su corazón un semillero de virtudes que brillaban como los astros; de San Martín se conoce un epistolario que demuestra lo menguado de su peculio; O'Higgins, el solitario de Cañete, debió trabajar mucho durante su ostracismo, en su hacienda de Montalván, para satisfacer el reclamo de viejos acreedores; y Artigas, ¿qué dejó Artigas?... De orden del tirano Francia recibía en Curuguaty una onza de oro mensual .."

Y es que "no en balde se labra con el martirio espiritual el alma de los pueblos; éstos reciben, íntegramente, el patrimonio, sin que las nuevas orientaciones comerciales logren menoscabarlo ni desfigurarlo; somos los herederos de los libertadores enfáticos, y el romanticismo no ha dejado de alimentar un instante nuestras ambiciones. Querríamos todos que en el mármol se definiese la aptitud cariñosa que después de un siglo asumirán nuestras patrias ante el gesto de los triunfadores. Ni siquiera trataremos de circundar el granito de las naciones latinoamericanas con relieves que divulguen acciones marciales, pues todo eso, aunque necesario, es recuerdo doloroso; echemos a correr, azotadas sus crines por vientos huracanados de América, los caballos llaneros y pamperos: ellos simbolizan el ímpetu y sobre sus lomos se lanzaron a la victoria nuestros centauros; echemos a volar nuestros cóndores, que ellos nunca sintieron la voracidad de otras águilas, sino que, ascendiendo siempre, oteando en las alturas inmaculadas, amaron estas alturas en donde la conquista es ideal y es santa. ."

Estudiantes:

La centuria vigésima, como para advertirnos de la necesidad en que estamos de cultivar el bien inapre-

ciable de la confraternidad, señala los albores de su rápida existencia en el tiempo, con la aparición de aquel vigoroso optimista y noble dictador de severas máximas que se llamó José Enrique Rodó. Se ha dicho de él que fué un profesor de energía, cuya pluma supo disecar, no propiamente los corazones, sino los sentimientos y las pasiones que anidan en él; se dice que fué un maestro, el canal mental de la sonrisa que al fin aparecía en nuestra América después del áspero dolor que mató la alegría de los abuelos arquitectos de Patria; se ha dicho de él que su pensamiento era la Buena Nueva, el "Feliz mensaje" a que alude Papini cuando define la misión sentimental y equitativa de *Jesucristo... Rodó habría interpretado con palabras* profundas y convincentes, la urgencia en que éstamos, de creer en el porvenir espiritual de América; fué un pastor de la juventud, para la cual buriló el sentido maravilloso que encierra la grave y magnífica respuesta de Leuconoe: os quiso decir, o nos dijo a todos, que en la extensión de nuestras patrias, el pensamiento se ha dilatado en obras que pudieran ser mejores; nos dice que en la ambición hacia el espacio, deben prevalecer todos los principios de la justicia y del amor; quiso indicarnos que siendo nuestro el espacio debemos ir a la conquista con los corazones blancos, como la blanca túnica de Leuconoe

Podrá pasar la moda literaria de sus parábolas y hasta podrá caer en desuso el estilo grandílocuo, pero será eterno el fin generoso de sus propósitos Toca a vosotros continuar en el tiempo y en el espacio esa obra buena del más caudaloso pensador latinoamericano de los últimos veinte años. Ese monumento a la emancipación, ese mármol sagrado que haría eterno el grito de libertad que fué un himno de Dios desde Méjico hasta las tierras argentinas, os ofrece el instrumento con que podríais cultivar el amor internacio-

nal. O, como ya os lo dijo desde esta misma tribuna el doctor Brum, honra de la magistratura oriental y digno cultor de Patria en esta tierra laboriosa, hospitalaria y conciliadora: "Juventud uruguaya, juventud fuerte, altruísta y realizadora: Tomad en vuestras manos viriles y generosas la enseña de ese ideal, que salvará para siempre a la América de la guerra y del odio; hacedla flamear con entusiasmo por los centros intelectuales del Continente y habréis vinculado vuestro gentil renombre al acontecimiento más trascendental de la historia del mundo", porque ese monumento será, a la verdad, amigos míos, el más trascendental acontecimiento en la historia del mundo, que duda del amor y tiene los cinco sentidos metidos en las operaciones de la banca.

DIEGO CARBONELL
Ministro de los EE UU de Venezuela en el Brasil

TEMOR

Cuando voy por la calle siento miedo
de los ojos burlones de la gente.
Con gusto evitaría los saludos
y me deslizaría silencioso
como una sombra, sin mirar a nadie...
¡Y, sin embargo, yo quiero a los hombres!
Obra divina, existe en todos ellos
—aunque lo ignoren—un fervor celeste
que alimenta la llama de la vida,
y acaso la inquietud que me ha dejado
el estupor enorme del abismo.

Pero temo a los ojos de las gentes,
esos ojos profanos que no miran
sino la forma vana y pasajera,
la envoltura mortal, jamás el alma
que brilla como un astro, silenciosa
y humildemente en el callado fondo...
¡Y, sin embargo, yo quiero a los hombres!
Mi dolor es hermano de los suyos,
mi miseria es igual a su miseria
y mis gritos se funden con el grito
de sus débiles carnes doloridas...

Mas a pesar de todo siento en mí
una fuerza invencible que me arrastra

lejos de sus miradas para amarlos.
Por eso cruzo silencioso y grave,
como escuchando misteriosas voces;
como un mezquino avaro, tembloroso,
ocultando el tesoro de mis sueños...

MANUEL BENAVENTE.

Paysandú.

EL ROBLE

I

Emana de todo él un soplo agreste,
un hálito de fuerza y de fiereza
un olor a montaña, a selva, a viento,
¡a Naturaleza!

Altivo como un dios de bronce antiguo
pulido por el sol y el aire, a diario,
me parece arrancado en algún bosque
al corazón de un roble milenario.

Tiene un algo de místico y supremo;
algo profundo, tan sereno y fuerte
que bien pudiera ser su noble gesto
vencedor de la vida y de la muerte.

Tallado en un gran roble milenario,
erguido está en mis sueños como un roble.
¡Hundiendo sus raíces en mi vida
toda la savia de mi vida absorbe!

II

Y así regresó un día! Y resonó la aldaba,
se abrieron las maderas como una bienvenida;
contra el cielo profundo, la silueta gallárda
recortó la rotunda belleza de su línea.

Bocas fueron mis ojos, que bebieron su imagen;
la voz, tal como un hilo, se anudó en la garganta;
simple, sencillamente, me abandoné en su pecho;
se juntaron los labios mojados de infinito.
¡No dijimos palabra!

LAYLY DAVERIÒ.

EDUCACIÓN

LOS ABISMOS DEL ALMA

A quien se interese por esta página, ruego que, antes de comentarla, lea los artículos publicados en los números de marzo y abril del corriente año, con los títulos de "Etica biológica" y "El bien en la cárcel".

El que eso haga, verá encadenarse ideas y sucesos, de una manera extraña.

PEGASO, volando hacia la luz, en busca de normas de enseñanza, dobló por un momento la cabeza para mirar hacia abajo y sintió profunda emoción al distinguir, entre las tinieblas que engendraron el crimen, algunas chispas de ese fuego sagrado cuya conquista persigue en lo más alto.

No retrocedió para remover cenizas, esperando que en algún leño escondido, las caricias del aire hicieran brotar la llama, se detuvo solamente un instante para decir: "En esos antros, entre esos muros construídos por la justicia legal, hay luz; buscad su origen y veréis cuánta potencia trajeron, al formarse, el foco del pensamiento y la fragua del sentir humanos".

Da fe de esa potencia, la ilusión revelada en las frases escritas por los presos para "El Lazo Blanco", con ansias bien visibles de llevar fuera de la cárcel una parte del alma, la que salvó su pureza del desastre a que fué conducida por fatal combinación de circunstancias.

Hubo quien, desde la prisión, oyó la voz de PEGASO y sintió el dulce halago de la esperanza.

El volador corcel, ¿habría fijado sus ojos en el sombrío lugar donde vegetan tantos seres, separados con violencia de sus semejantes, acaso para pedir que se diera la mano, sin recriminaciones ni temor, al que, después de cumplir su condena, se incorporara a la unidad social?

No me atrevo a analizar lo que pasó en el espíritu de los que así pensaron, cuando vieron, al leer los comentarios hechos por mí con ánimo de sembrar optimismos donde se profese la enseñanza, que yo dejaba interrogante el problema de la regeneración, diciendo: "Sólo el niño puede inspirar confianza plena, por lo menos mientras dediquemos a su educación nuestras energías."

Uno de los que tal desengaño sufrieron hizo llegar hasta mí la expresión de sus sentimientos, por intermedio de la señora Elvira R. de Foladori, en la carta que transcribo a continuación, con el fin de que PEGASO incite a los estudiosos a penetrar en el fondo de esos abismos donde el bien existe, combinado o diluído con otra esencia, como están los metales preciosos ocultos en las oscuras entrañas de la tierra, repartidos a trechos en las duras vetas del filón.

Esta es la carta:

Penitenciaría, 1.° de setiembre de 1923.

Excma. señora Elvira R. de Foladori.

Estimada señora:

Muchas gracias por el obsequio que me hizo del PEGASO. (1)

(1) Este obsequio fué hecho a pedido del preso, con carta escrita 6 días antes, el 25 de agosto, fecha de Visita de Cárceles, por haber oído referir a un visitante que una revista nacional comentaba los pensamientos escritos para "El Lazo Blanco".

Leí con suma atención en esa revista el comentario de nuestras composiciones enviadas a "El Hazo Blanco", con motivo del 19 de abril, y creo que puedo decir con las mismas frases de la comentarista: "Esa página hace sufrir o gozar, según cómo se mire."

Hace gozar cuando, en sus primeros párrafos, afirma que los sentimientos expresados no pueden ser adventicios, dada su uniformidad; que el hombre, ni de todos sus actos es responsable, porque hay causas *fatales* que lo arrojan insensiblemente al abismo del mal; que en todas esas almas extraviadas hay un poco del bien interior, así como en la rama desprendida sigue latiendo el germen de la vida, que la hará reverdecer, si se la sabe regar y cuidar.

Y causa tristeza al ver, en sus últimos párrafos, una cierta desconfianza de la sinceridad de las ideas expresadas; un cierto temor de la proximidad de aquellos que un día tuvieron la enorme *desgracia* de delinquir, porque el instinto de la fiera, puede—según se dice—despertar en un instante Y así se llega a la conclusión de que no conviene confiar demasiado en las bonitas palabras, las pasajeras lágrimas y a las suaves sonrisas brotadas al choque de la nota armónica, porque sólo en el alma del niño existe la pureza, y en él únicamente se puede tener una confianza plena.

¡Pero acaso se ignora que en la misma prisión hay hombres que bien merecen el título de niños grandes, aunque esto parezca una paradoja! ¡Sí, los hay!

¡Niños son todos aquellos que todavía no han podido gozar la tibieza de un afecto materno, el calor de un amor santo! ¡Niños son los que han visto transcurrir los aciagos días de la infancia sin recibir los más elementales principios de educación; niños son esos débiles mentales, cuya voluntad fué anulada por el ambiente malsano que siempre los rodeó; y son niños también, todos aquellos que, por un fatal destino,

traspusieron las puertas de la cárcel en los primeros albores de la adolescencia!

Para éstos la idea del mal no fué más que una ráfaga pasajera. Para ellos el mundo no existe, casi; la vida es una cosa artificial; la experiencia es nula; sus almas no están contaminadas por el eterno estigma de la perversidad, porque su caída fué algo así como una *nube fugaz que, por un momento,* empañó el brillo de su sol interior.

¿Por qué dudar, entonces, de la reacción de la conciencia humana?

¿Acaso no se tiene el derecho de ser bueno porque una vez se haya errado?

¡Decidlo vosotras, que os habéis apartado de las hipótesis puramente teóricas para pisar el terreno de la vida práctica, yendo directamente al fondo de las almas! (1)

¿No es cierto que muchas veces os habéis sorprendido ante un arranque inesperado, una frase sentida, una sencilla manifestación de amor y de bondad?

¿No es cierto que habéis comprobado entonces la inexactitud de muchos prejuicios seculares, que pintan al hombre como una fiera domesticada, pronta siempre a rugir y a dar el zarpazo mortal?

¡Adelante, pues; siempre adelante, con la inquebrantable fe en la bondad innata del ser humano; siempre seguras de que conseguiréis reformas verdaderas, si para ello empleais tan sólo el amor, único talismán capaz de convertir al malo en bueno y al bueno en mejor!

Y si los faltos de fe os dijeran que el hombre es malo por naturaleza; que trabajáis en vano; que vues-

(1) Téngase en cuenta que la carta va dirigida a la señora Presidenta de la S. Cárceles de la Liga Nacional contra el Alcoholismo.

tros esfuerzos de años y años serán anulados un día; que el corazón humano sólo encierra perversidad y mentira; que la materia sólo busca la satisfacción de los instintos bestiales, decidles que mienten! ¡Decidles que todo pecho encierra una chispa del espíritu eterno, un poco del divino amor, que puede brillar en el más encumbrado palacio, la más humilde choza y la más sombría prisión!

¡Sí, decidles eso; y demostrad siempre con el ejemplo que las diferencias espirituales, las posiciones elevadas y la riqueza misma, no son óbice para que se pueda descender hasta el más tenebroso de los antros, conduciendo la luz!

Y, por hoy, basta.

Saludo a la señora Presidenta, con el mayor respeto y estimación.

Belarmino T. d'Avila.

Al recibir esa carta, que la señora de Fóladori se apresuró a poner en mis manos, comprendiendo cuánto interés había de inspirarme, hube de repetir, con honda emoción, las palabras que d'Avila comentó para desahogar la opresión de su alma: "Según cómo se mire, esa página hace sufrir o gozar".

ENRIQUETA COMPTE Y RIQUÉ.

GLOSAS DEL MES

CINCUENTENARIO DEL INSTITUTO POLITECNICO "OSIMANI Y LLERENA"

... Un banco en hemiciclo, de respaldo ancho y bajo, todo de mármol, y cerca de cada extremo uno y otro de los maestros, rubio aquél, con su barba cuadrada y su aplomo sereno; alto aquéste de los ojos celestes y la combada frente...

Así imagino para un día próximo, en el centro de la plaza nueva, entre el verdor circundante de los jardines y la algarada feliz de los niños futuros, el monumento salteño a los sencillos héroes de la siembra harmoniosa.

No importa que la realidad, que está escondida en las rocillas de los dioses, como en la frase antigua, tenga que romper la piedra y abrir el cielo para imponer, dinámica, el símbolo concreto de la obra. No importa: lo que daña no es la tardanza ni el esfuerzo.

Pero día vendrá, y por el mismo oriente que amanece siempre, en que la justicia demandará a la gratitud, y en que la gratitud, encendida como un hachón en la noche, levantará la afirmativa sanción histórica de ese homenaje a nuestros penates

Ellos estaban destinados en los sueños de las madres a la gloria dorada de las dalmáticas: de ellos fué

la juventud que ahora es ancianidad: ellos arrancaron a la vida intemperante el estremecimiento de la belleza y pusieron las manos y el alma en el surco que dió la espiga de oro.

Como yo de la maestra de mis ensueños, bien pudiera decirse que los hombres de ahora llevan más de ellos que de sus padres

Dispares y afines, sutiles y enérgicos, sacaron sabiamente del conflicto de sus pedagogías esa hermandad de empresa que tuvo un catecismo distante,—propio para su época primaria,—pero más completo que el de hoy, porque aquél lograba, por encima de todo, un gran aliento, un alto ideal, que el de ahora no conoce.

Llegaron al Salto como dos misioneros que el Nuevo Testamento hubiese arrojado a nuestras playas, y ante la lamparita de su trabajo, abrieron la Biblia que traían, y empezaron, con fervor desusado, el arte antiguo de los alfareros.

Como la cruz de Cristo vigilaba en la altura, la faena tenía su sentido sagrado...

Y la ciudad les dió de sí lo que los dos apóstoles quisieron, porque, además de todo, ellos lo habían previsto con frase de Bolívar, y venían para eso, a imponer, otra vez entre tantas, la victoria del hombre sobre el medio.

Sencillos como los elegidos, con la modestia pudorosa y con la fe profunda, envejecieron en la labor humilde y silenciosa, que no entanto arrojaba luz sobre la ciudad entera.

Hábitos de monje, ardor de milagro, ojos ingenuos, decir profético, poesía inmanente, pensamiento tenaz: he aquí el fajo etrusco de sus almas candorosas que para amar mejor se quemaron amando.

Y mientras la juventud recibía su tesoro, les iba dando, en cambio, juventud.

Y fueron jóvenes hasta en la hora de la muerte, luego de haberlo sido en los altos negocios y en las pequeñas cosas, después de haber luchado soñando, y después de haber cantado para vivir.

Hombres que hubieran utilizado Sarmiento y José Pedro Varela,—como aquella otra Alcira Paiva olvidada, o como ese otro desconocido Sebastian Angeleri,—estos dos hombres únicos, llenan un ciclo en la vida del Salto: el de su apogeo brillante y fecundo.

Treinta y tantos años de la tierra le dieron así a la fábrica del ensueño, y por su genio y por su fuerza, ella no fué, por cierto, de las que Alberdi llama de presunción titulada, sino de las que Vasconcelos quiere como centros de educación humana.

En el propósito enorme y en la finalidad abarcada, a pesar del formalismo escolástico, y sacándolo precisamente de él mismo, como agua de su pozo, cumplieron la esperanza y ahogaron el desencanto en las grandezas de sus almas

Y hasta en los gestos mismos,—en aquel pasear por lo arrabales, al sol de los domingos, con el grupo dilecto, o en aquel recomponer la tarde perdida, haciendo versos que fueran violetas para el jardín o madreselvas para el bosque,—en aquel intervenir de todas las iniciativas y entremezclarse a ellas, moviendo la ciudad a su arbitrio curioso y a su afán progresista, o en aquel llevar a los discípulos a examen, como el padre a los hijos, o en aquel darle el brazo al coro trémulo que sale de las aulas diciendo una canción, o en aquel rigor amenazante que termina en rezo o en promesa, o en aquel vigilar nocturno que aguarda la travesura juvenil, tras de los árboles, como un aparecido sobrenatural,—dondequiera que les busquemos, en el desaliño externo o en el celo interior, en el salón de estudio o en el patio de regocijo, en la ideología o en la acción, allí están, tallados en el palo rosa de las An-

tillas con que se hacen los santos, o en el roble de las Europas con que se tallan los héroes, ardiendo en su lámpara de aceite, grandes y descubiertos a toda belleza, puros y ligeros de toda ambición,—con aquella coraza que Dios les dió, seca y agresiva, para que fuese más prístina la emoción que un día demudara en la intimidad del crepúsculo el rostro leonino en urgente disimulo de lágrimas.

TELMO MANACORDA.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

"Informaciones Sociales".—Acaba de aparecer en Madrid la revista "Informaciones Sociales", publicación de la Oficina Internacional del Trabajo (Sociedad de las Naciones), de Ginebra. Dice Mr. Albert Thomas, en el prefacio de esta revista, que los pueblos de lengua española han conquistado un lugar importante en el concierto internacional. A ello se debe el que en la Conferencia de Washington se acordara editar las reseñas de las sesiones en castellano, y que ahora se edite una révista mensual en el mismo idioma.

Tiene, por tanto, la aparición de "Informaciones Sociales" una gran importancia para los países de Ibero América, pues significa el reconocimiento de su progreso político y social.

Por otra parte, "Informaciones Sociales" es una revista que dará al lector de lengua española un resumen mensual de la labor de la Oficina, cuya misión abarca temas tan principales como la vida sindical y obrera, las condiciones de trabajo, los movimientos migratorios, el coste de la vida, el paro forzoso, cooperativismo, la estadística, la enseñanza y todas aquellas cuestiones relacionadas directa o indirectamente con ellos Para dar idea de la importancia de esta labor, y de la garantía que ofrecen las informaciones de la Oficina de Ginebra, bastará consignar el hecho de que proceden todas de fuentes fidedignas, siendo luego seleccionadas y ordenadas por técnicos de todos los países

A la Oficina de Ginebra van a parar, no sólo los grandes proyectos de carácter social y las iniciativas de los sociólogos y de las entidades obreras patronales de las cinco partes del mundo, sino hasta los más insignificantes datos que sirven, articulándolos y organizándolos, para dar una idea exacta del movimiento social, en páginas informativas, que constituyen uno de los más sólidos elementos para el estudio de los grandes problemas modernos

Hasta ahora, el investigador tenía referencias fragmentarias de estos problemas, pues para conocerlos aproximadamente se necesitaba reunir publicaciones de todos los países del mundo, y aún así, la labor resultaba harto difícil. Gracias a la Oficina de Ginebra se han llegado a conocer, casi con exactitud, las causas de las graves crisis sociales, y los remedios que se vienen aplicando Tales trabajos se venían publicando en inglés y en francés. La aparición de "Informaciones Sociales" en español, abre un ancho campo a la investigación y al estudio de estos problemas para los países ibero-

americanos, que podrán conocer, además de los puntos expuestos, los que se refieren a la celebración de Congresos obreros, patronales y técnicos con más las conclusiones de los mismos, y, en fin, cuanto se relaciona con tan interesantes materias.

De la publicación de esta revista se ha encargado don Antonio Fabra Ribas; y de la Administración, don Juán Ortiz, Director de la Librería Pedagógica, Desengaño, 18. Madrid.—A. F. R.

La Umbría.—Poema dramático.—Por Alonso Quesada.—Publicaciones Atenea.—Madrid.—1923.

Poema dramático de extraordinaria exaltación lírica: "drama coral, fatalista y extraño", así llama Quesada a su poema, escrito en tres jornadas de fuerte y compleja visión.

Rafael Romeu,—Alonso Quesada,—dedica este hermoso libro de paisajes dramáticos a Gabriel Miró, su maestro.

Las publicaciones Atenea ofrecen la obra en encuadernación inglesa, con retrato y autógrafo del autor, en heliotipia.—T. M.

Variaciones.—Por Ramón Gómez de la Serna.—Publicaciones Atenea.—Madrid.—1923.

El volumen 20 de las publicaciones Atenea nos ofrece esta nueva obra de Ramón Gómez de la Serna. Curiosas ilustraciones del autor salpican las páginas del caprichoso y raro libro.

El tomo, cuidadosamente encuadernado en tela inglesa, trae la reproducción del retrato de Gutiérrez Solana, que está en el Café Pombo, de Madrid, y que representa al gran Ramón rodeado de sus amigos.—T. M.

Escuchando el Silencio.—Versos, por Federico A. Gutiérrez.—Buenos Aires.—1923.

Hay poemas en este libro, como "Aguas Arriba", "En el Café Nocturno", y algunos otros, forjados dentro de un realismo tan intenso y tan sentido que bastarían para colocar a su autor entre los grandes poetas de la Argentina.

Ahora que estamos en pleno triunfo de la imagen y de lo figurado, este libro viene a darnos un bello ejemplo de la fuerza poética que puede tener la humilde verdad y la expresión simple.

De las seis partes en que se divide el libro, son, indudablemente, "Momentos del Camino" y "Llanos, Selvas y Ríos", aquellas en las que el poeta ha encerrado las composiciones de mayor carácter y fuerza lírica.—J. M. D.

Retiro.—Versos, por Juan Vignale.—Buenos Aires.—1923.

No siempre el autor consigue mantener la buena impresión que dejan algunos de sus poemas, aunque es indudable que en la mayor parte de ellos se advierten relámpagos genuinos, sensaciones bellamente sentidas y exteriorizadas. En fin, rasgos y trazos por el momento, pero que no pueden dejar lugar a dudas sobre el estimable valor actual y, sobre todo, sobre el hermoso destino que aguarda a este poeta.

Espíritu fluctuante todavía, así lleva por los viejos como por los nuevos cauces su inquietud y su rica sensibilidad, dos cosas que, definitivamente orientadas, le darán al autor excelente cosecha.—J. M. D.

Jardín del País.—Por Julio Díaz Usandivaras.—Buenos Aires.—1923.

Pertenece Usandivaras al grupo de poetas que se han lanzado a reanimar los viejos temas de la poesía nativa campesina, impregnándolos de un espíritu nuevo.

Creemos no equivocarnos si afirmamos que en ese sentido puede clasificarse a Usandivaras, no sólo como uno de los mejores abanderados de ese actual resurgimiento lírico, sino como uno de sus precursores, ya que hace mucho tiempo que este poeta argentino venía revelando un amor tan intenso por las cosas autóctonas, que hasta llegó a tildársele de payador.

Decimos esto como demostración de que en él es absolutamente espontáneo, casi diríamos consustancial, el sentimiento que lo lleva a cantar la tranquera, el rancho, las boleadoras, y todo lo que, más o menos, tiene algún valor exclusivamente nuestro.

Claro se ve, por otra parte, que hay realismo emocional más que imaginativo, lienzos arrancados a la verdad, cosas observadas por los ojos y no por la fantasmagoría: de tal suerte que cuando el autor canta al espinillo, o a la pampa, o a las aves montaraces, o a los idilios rusticanos, lo hace con conocimiento de causa y con emoción sentida.

Hay algunos poemas en los que el autor abandona las disciplinas escolásticas y se lanza ágilmente por las sendas abiertas del verso libre. En general, sin embargo, la arquitectura poemática sigue las líneas clásicas.

Usandivaras, con este libro, da una bella nueva prueba de su amor al terruño, de su destreza para manejar el verso, de su fértil sensibilidad y de su sagaz espíritu de observación.—J. M. D.

La Revue Contemporaine. París.—Esta importante y difundida revista que desde hace tantos años se publica en París, acaba de hacer una conquista inapreciable al entregar a las manos expertas de Alejandro Sux la Redacción Iberoamericana. Es casi seguro que la acción en pro del acercamiento cultural de los países de ambos continentes adquirirá, con Sux, nuevos brios y obtendrá un intercambio provechoso. Es hora ya de romper, en forma definitiva, el aislamiento en que vivimos, porque no hay ninguna razón fundamental que lo sostenga, ni ningún factor insalvable que lo decrete.

"Pegaso" se felicita de verdad, por la resolución adoptada por "La Revue Contemporaine", y expresa a Sux las seguridades de su triunfo.—R. M.

Los Ladrones del Fuego.—Por Horacio Maldonado.—Montevideo. — 1923.

No hay excesiva inquietud en este libro, ni tampoco abundan en él ideas y pensamientos revolucionarios, de esos que ponen un poco de sobresalto en los panoramas habituales.

Páginas amables y serenas en donde el juicio y los comentarios que sugieren hombres, actos y obras, vienen como tamizados por la clara sabiduría de quien ha aprendido a mirar las cosas de este mundo con ojos pacíficos, benévolos y un tanto llenos de una ironía que se acerca más a la travesura que a la herida.

Maldonado va adquiriendo indudablemente la armonía plácida de la madurez. Esto lo lleva a buscar, cada vez más, la intimidad con las grandes almas del pasado, a cuyo rescoldo gusta aproximarse el autor de "La Ofrenda de Eneas", no sólo por deseo de renovar deleites espirituales sino como fuente de inspiración.

Así "Los Ladrones del Fuego", además del encanto que emerge de su amabilidad y de su mansedumbre espiritual, tiene un indiscutible mérito cultural ya que, en esencia, es un glosario, hecho con indiscutible acierto y con mucho dominio del tema, de episodios o páginas que nos legaran hombres excepcionales y a los que este libro de Maldonado ayudará a divulgar.

No creemos equivocarnos al pensar que Maldonado obtendrá con este nuevo libro un éxito igual, si no superior, al conseguido con sus anteriores producciones; premio, por otra parte, que se lo habrá ganado con toda justicia el fecundo y brillante escritor.—J. M. D.